

Más allá de los medios

Diez años después

Rossana Reguillo*

The author of this article scans over the major trends that can be discovered in the academic field through the concerns and bibliographic production of communication researchers, as well as over some of the challenges and unresolved problems that, from her point of view, are the main focuses of attention, particularly in the Latin American scene. Her proposed schema is based on the ambits of social action and of the relationships among actors which constitute organization, participation, meaning and production. It all leads to the pertinence of putting emphasis on the analysis of discourse formations and the historical conditions for their emergence and operation "in the territories of everyday life". There are, finally, as urgent tasks in the challenging and strained field of communication research, two converging operations: reflexivity and empirical research.

Este artículo propone un reconocimiento de las tendencias que en tanto campo académico se vislumbran a través de las preocupaciones y producción bibliográfica de los investigadores de la comunicación, así como algunos de los desafíos y problemas no resueltos que a juicio de la autora son los principales focos de atención, especialmente en el ámbito latinoamericano. La propuesta se organiza a partir de los escenarios de la acción social y de las relaciones entre actores que constituyen la organización, la participación, la significa-

* Departamento de Estudios de la Comunicación Social (DECS/CUCSH), Universidad de Guadalajara.

panoamericanos. En esta misma década diferentes núcleos de investigación se han afianzado en el continente.

Las estructuras se van consolidando, las redes se expanden y hay una pujante producción académica en el campo.

Un aniversario es motivo de regocijo, pero es también ocasión para la reflexión, para los viajes "introspectivos" que permiten revisar lo andado y proyectar el futuro. En tal sentido, estas páginas intentan de un lado, reconocer las tendencias que en tanto campo académico se vislumbran a través de las preocupaciones y producción bibliográfica de los investigadores y, de otro lado, plantear algunos de los desafíos y de los problemas "no resueltos" en este andar; quieren ser al mismo tiempo, respetuoso homenaje a los que nos han precedido, cuyos aportes, sin duda, han configurado y enriquecido lo que hoy se hace en el campo académico de la comunicación.

Configuraciones sociales

El último tramo de siglo se caracteriza por una serie de rupturas que pueden englobarse en cuatro grandes tipos de crisis: en el plano de la política, crisis en las formas organizativas; en el plano de lo social, la crisis se manifiesta en las formas de exclusión-inclusión; en el plano de la cultura, se trata de la crisis en las formas de representación, en los sistemas de significación; en el plano de lo económico, son las formas de producción vinculadas a la economía mundo, las que han entrado en fase de aguda recomposición.

Organización, participación, significación y producción, entendidas como sistemas estables, coherentes, anclados en un espacio-tiempo, como marcos que posibilitan la acción social y las relaciones entre actores, al tiempo que las constriñen al fijarles unos límites, se constituyen hoy en escenarios de múltiples tensiones.

El debilitamiento de estos sistemas se expresa y puede ser leído a través de múltiples indicadores, por ejemplo: descrédito de los partidos políticos y de lo político-profesional; rede-

finición de las fronteras materiales y simbólicas para establecer los lugares sociales y las formas de participación; carencia de esquemas de representación para dar sentido a las “nuevas” figuras de desorden (violencia, inseguridad, sida); emergencia de una geografía político-económica que reorganiza el flujo de capitales y las concentraciones de poder.

En este acelerado escenario de cambios, puede decirse que las redefiniciones constantes generan una tensión entre los sistemas entendidos como estructuras y los universos simbólicos de los actores, entendidos como esquemas orientadores. En otras palabras, el desfase en los esquemas de significación que parecen no corresponderse al aceleramiento de la historia, provoca el dislocamiento en los modos en que los actores sociales interactúan entre sí y con su entorno.

Un mundo que cambia más rápido que nuestro poder nominativo sobre él, se convierte en amenaza; lo que no puede nombrarse, no puede controlarse. Sin embargo, el vacío social no existe y los actores buscan la manera de volver “gobernable” el caos que se percibe como derivado de las reconfiguraciones aceleradas.

La investigación en comunicación en la América Latina de la última década, ha intentado desde diversos frentes y con diferente instrumental esclarecer precisamente los mecanismos a través de los cuales los actores de la comunicación reinventan el mundo para dominarlo, para reducir la incertidumbre. Por ejemplo, pueden citarse los trabajos en la línea de análisis de la recepción (Orozco 1996a); el consumo cultural como escenario de la constitución de nuevas identidades (García Canclini 1995; González y Chávez 1996); las sensibilidades sociales y las matrices culturales en su vinculación con la acción política y los escenarios urbanos (Martín-Barbero 1994; Reguillo 1996); la redefinición de lo local en su contacto con la cultura-mundo (Sánchez Ruiz 1996); los nuevos escenarios que emergen desde la telemática y sus diferentes y diferenciados impactos sociales (Piscitelli 1995; Fuentes 1993).

El campo y sus frentes

Lo que esta multiplicidad temática señala, es que, entre otras cosas, la última década en la investigación de comunicación ha sido el periodo de la incipiente consolidación del enfoque sociocultural de las “ciencias de la comunicación”, y el del fortalecimiento de aquello que planteado hace diez años por Jesús Martín-Barbero,¹ “la comunicación más allá de los medios”, señaló la urgente necesidad de rebasar el ámbito instrumental-ideológico de la comunicación y salir al encuentro de los procesos sociales que, articulados a la mirada desde la comunicación, le han dado espesor histórico y cultural al trabajo de investigación.

De las diferentes posibilidades de lectura de la intensa producción bibliográfica en el campo académico de la comunicación, interesa aquí destacar cuatro grandes tendencias que, abrevando en el trabajo y avances de la última década, se proyectan como frentes estratégicos en la agenda de investigación de los próximos años.

- a) La redefinición del Estado-nación en sus múltiples articulaciones con lo económico (economía política de la comunicación y sus impactos en los flujos globales y locales de información y comunicación); con la construcción de identidades y la acción política; con la emergencia de formas “alternativas” de organización y participación social y el papel que en todo ello están jugando los medios de comunicación.
- b) El fortalecimiento-debilitamiento de la sociedad civil en su heterogénea centralidad como “actor” fundamental de los procesos comunicativos; aquí los estudios en torno a la recepción-consumo-producción de significados desde diferentes adscripciones identitarias.

1. Véase a Jesús Martín-Barbero (1986) *De los medios a las mediaciones: comunicación cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.

- c) La compensación del déficit simbólico provocado por las mutaciones aceleradas, por vía de la creencia; aquí la agenda alrededor de las distintas formas de religiosidad y su necesaria vinculación con la cultura política.
- d) La tensión-negociación entre los dispositivos y escenarios “tradicionales” y “postindustriales” de la comunicación; de la plaza pública a Internet, la tribalización como respuesta al seductor y atemorizante orden globalizado; reconfiguración de los mundos de la vida a partir de la mediación de industrias culturales y medios de comunicación.

La posibilidad de cruces y la evidente interrelación entre cada uno de estos frentes-tendencias, estarán dadas por el trabajo empírico, por la especificidad de los objetos de estudio que los investigadores de la comunicación construyan.

En el horizonte de múltiples temáticas en el campo, es posible encontrar un hilo conductor común que viene abriéndose paso y que tiende a volverse más visible a partir de lo que Fuentes ha llamado “la institucionalización del campo académico de la comunicación” (1995b), a saber, el desplazamiento de la centralidad del “mensaje” a las condiciones sociales de su producción y reconocimiento, lo que, a mi juicio y en función de las tendencias señaladas más adelante, representará el mayor desafío para los investigadores de la comunicación: el de la producción de un discurso sólido —desde la comunicación— acerca de los actores sociales.

Con ello de ninguna manera se pretende aquí defender una posición “disciplinaria”, a contracorriente de la tendencia generalizada en ciencias sociales hacia la postdisciplinización (Wallerstein 1996 y Fuentes 1994). Cuando se afirma la necesidad de producir un discurso científico desde la comunicación, no es en función de un paradigma disciplinario, sino desde un campo de problemas que trabajados multidisciplinariamente y de manera articulada, rescaten la especificidad comunicativa de los procesos sociales.

En buena medida esto es posible cuando la investigación empírica reingresa al cuerpo de conocimientos, contribuyendo a su reconceptualización y al fortalecimiento de constructos teórico-metodológicos.

Los desafíos

No está en la dispersión temática el principal problema de conocimiento para la comunidad académica, sino en la dificultad de rebasar y trascender el pensamiento realista que se agota en el dato empírico.

El problema que se plantea es cómo alimentar la teoría a partir de los datos aportados por encuestas o historias de vida, por análisis estadísticos o hermenéuticos.

Los excelentes trabajos de investigación de la comunicación producidos en los últimos años, configuran un campo de preocupaciones comunes más o menos compartidas. Sin embargo, parece existir una “fuga” hacia otros campos de saberes, en lo que toca a la producción de teoría, es decir, los investigadores de la comunicación parecen “retener” el dato de sus propias investigaciones, pero éste no siempre regresa reformulado para alimentar los esquemas, los marcos, los discursos comprensivos.

De tal suerte, la relación entre comunicación y sociedad, reconocida y ampliamente documentada por pensadores como Giddens (1984), Habermas (1989) y Luhmann (1993), se convierte en una cuestión “añadida” a las investigaciones que se elaboran desde el campo, “añadido” que se argumenta mediante la apelación a sistemas conceptuales generales, o se recurre a citas de autoridad para justificar la intromisión en territorios que se suponen —pese a las formulaciones discursivas en contra— coto de “otros” científicos sociales.

El discurso teórico entonces, más que un sistema complejo y reflexivo, pasa a ser una invocación artificial que no se articula ni al trabajo empírico, ni a la interpretación.

Lo que con esto se quiere argumentar es que las investigaciones desde la comunicación no están eximidas de elaborar una teoría social; que la consolidación de la comunicación, como una cuestión que va más allá de los medios, implica la construcción del “objeto comunicativo” en sus diferentes escalas y niveles de relación con lo social. Por ejemplo, se trata de cómo la identidad pensada desde la comunicación puede contribuir a reconceptualizar las relaciones de poder o incluso al mismo Estado, o en cómo convertir los datos aportados por las investigaciones en torno a los consumos culturales en unas teorías sobre prácticas y actores sociales.

Si los procesos de investigación en comunicación se contentan o se reducen al registro de realidades observables y se renuncia a la tarea (compleja) de producir conocimiento a partir de esos registros, el riesgo es el de contribuir a la creación de una floreciente industria maquiladora dedicada a la producción de datos empíricos, cuya utilidad final —proveer explicaciones plausibles sobre el funcionamiento de la sociedad— no es visualizada como un producto propio. Los estudios de la comunicación se mantienen en la “periferia” con respecto al “centro” de los debates en ciencias sociales o como productos de investigación en permanente lucha por su legitimación. Esto es lo que aquí se denomina “fuga de saberes”.

Por una arqueología de la comunicación

En *La invención de la comunicación* (1995), donde Armand Mattelart rastrea en una arqueología de los saberes los distintos momentos históricos de la comunicación, el autor se plantea la necesidad de un distanciamiento con respecto a una “definición demasiado supeditada a la esfera mediática” y señala que esta tendencia:

...con frecuencia hace caso omiso de la creciente complejidad cultural de nuestras sociedades. Da a entender que todo acontece en este espacio de alta visibilidad [la de los medios], cuando los

grandes retos del nuevo modo de comunicación no se deciden necesariamente allí (Mattelart 1995: 15).

La empresa histórica asumida por este autor es una de las vías posibles para la tarea —como él mismo lo señala— de “hacer arraigar la reflexión sobre la comunicación en la historia de los modos de regulación social que acompañan a las mutaciones del poder” (*ibid.*: 16).

Otra vía pertinente y plausible, es la de vincular la reflexión en torno a la comunicación, a los modos, dispositivos y espacios sociales, parafraseando a Mattelart, de “baja visibilidad”, es decir, allí en los escenarios de la vida cotidiana que no transcurren al margen de los medios pero cuyos constitutivos no se agotan en ellos.

Se trata de dos vías complementarias y urgentes: la arqueología y la etnografía. Vamos por partes.

La comodidad con la que hoy, por ejemplo, se utiliza en los discursos académicos de la comunicación la noción de “mediación”, es sospechosa. Pocos estudios se toman el trabajo de explicitar desde dónde y cómo se utiliza; como si la noción por sí misma fuera portadora de su propia explicación o como si hubiera una especie de acuerdo tácito que volviera innecesario cualquier tipo de discusión. La “mediación” queda entonces reducida a noción vaga, a palabra que alude sin más “a lo que está entre un *algo* y otro *algo*”.

Y hay ciertamente una diferencia entre el “uso” científico —en función de su propio constructo teórico-metodológico— que le da Manuel Martín Serrano (1986), quien atribuye a la mediación, como concepto, dos niveles de existencia: la estructural y la cognoscitiva, y siempre en función de la relación entre sistema social y sistema de comunicación; al “uso” y lugar que tiene la mediación en el pensamiento de Jesús Martín-Barbero (1987) como concepto clave para oponer a la centralidad de los medios —como esfera única—, la multiplicidad de constitutivos para la vida social; o por ejemplo, el uso de carácter más metodológico que hace Guillermo Orozco (1996b), donde la “mediación” pasa de concepto a categoría analítica en los procesos de recepción.

¿Dónde está y qué es la mediación?, ¿está en el medio, en el actor, en las instituciones sociales?, ¿cómo pueden ser “mediación” los referentes identitarios de un sujeto o una colectividad y el formato, género, lenguajes y materialidad de los medios? La “mediación” es esto y otras cosas a condición de construirla de manera conceptual en sus diferentes articulaciones en un discurso que las explicita y se comprometa (analíticamente hablando) con su decir.

Lo que con este ejemplo se quiere poner de manifiesto es la urgente necesidad de construir un estatuto científico a los conceptos con los cuales operamos como comunidad académica. Para ello, es necesario rastrear los modos de presencia de estos conceptos en los discursos, rastrear dónde han estado los préstamos, los intercambios, los cruces, los desplazamientos de sentido, dialogar con las ciencias sociales, con las humanidades, con la filosofía. En una palabra construir “la tradición de futuro” del campo, en el mejor de los sentidos posibles: como acumulación renovada de saberes.

La separación entonces entre investigación empírica y producción teórica, es en este sentido una falsa disyuntiva. No se trata de privilegiar una en detrimento de la otra, sino de potenciar el trabajo de investigación, con rigor, con disciplina, con pasión. La reflexividad en el sentido de Jesús Ibáñez (1994), “pensar el pensamiento con el que pensamos”, es condición indispensable para dotar a la investigación en comunicación de una mayor potencia explicativa y la posibilidad de dialogar en condiciones de igualdad con otros campos de saberes que confluyen hoy en las ciencias sociales.

De acuerdo con la propuesta de Foucault (1978), la arqueología del saber, en tanto empresa histórica, permite plantear la relación entre “acontecimientos discursivos” (en este caso, la comunicación como un campo de saberes articulados) y acontecimientos de otro orden (la política, la tecnología, la economía), sin referencia a la conciencia de un sujeto o de un autor (Giménez 1986), lo que permite descubrir las condiciones históricas de posibilidad para la emergencia de unos saberes.

A Foucault le interesaba sobre todo una arqueología en tanto que análisis del conjunto de reglas anónimas, históricamente determinadas, que se imponen a todo sujeto hablante en la medida en que participa en un proceso-formación discursiva.² Aquí, interesa sobre todo una arqueología en tanto que análisis de la formación histórica de los saberes al rededor de la comunicación y la orientación en cuanto estructura (reglas y recursos, según Giddens 1984) de las prácticas de la comunidad que participa de este saber.

Más que un análisis de las “personas” (el concepto de “autor” para Foucault), lo que hay que privilegiar es el análisis de las formaciones discursivas y las condiciones históricas de su aparición y operación.

En los territorios de la cotidianidad

Al referirse a la discusión en torno a la llamada sociedad de la información y en una crítica a algunos planteamientos posmodernos, Alain Touraine se pregunta:

¿Cuánto tiempo hará falta todavía para que encontremos seres humanos y relaciones sociales detrás de las técnicas y para que se comprenda que en todas partes se enfrentan maneras socialmente opuestas de utilizar la información y de organizar la comunicación, ya sea “abstractamente”, para reforzar el flujo de información que es también flujo de dinero y de poder, ya sea “concretamente, para fortalecer el diálogo entre interlocutores situados desigualmente en las relaciones de poder o de autoridad”? (Touraine 1994).

Si se acepta la pregunta de Touraine, se tendría que reconocer que es precisamente en los territorios de la vida cotidiana, no como tema, sino como “lugar” metodológico, donde mejor es posible descubrir las relaciones sociales detrás de la técnica,

2. Para esta discusión, véase el análisis de Gilberto Giménez en “Foucault: Poder y discurso”, Lucila Ocaña (1986) *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*. México: Ediciones el Caballito.

al poder detrás de las instituciones y a los actores como agentes competentes en la constitución del mundo social.

Una vida cotidiana cuyas piezas habían sido descartadas por la gran ciencia positiva decimonónica, ya que eran consideradas como materiales secundarios o residuales (Wolf 1979). Se ha producido un cambio en la perspectiva.

Por ejemplo, la *historia de las mentalidades* (cuyos principales exponentes puede citarse a Le Goff, Ariés, Duby, Stone, entre otros) rompe con la historiografía tradicional al dirigir su atención sobre aquellos aspectos que no se consideraban "históricos". Se va a investigar en los diarios íntimos, en la correspondencia, en los libros de cocina, en la iconografía, en los discursos de aquellos personajes "secundarios" que "no pasaron a la historia". Los historiadores de las mentalidades han hecho hablar a estos materiales de la cultura de una época, de los miedos, de las esperanzas, de las ideologías, en suma de las visiones del mundo en periodos específicos.

Allí, es donde se han encontrado la vida cotidiana como lugar metodológico y la historia como mirada comprensiva.

Desde otros frentes, algunas teorías feministas señalaron la importancia de atender los espacios privados a través del lema "lo privado es político", para develar la reproducción de los mecanismos de poder en la vida cotidiana. Las estructuras de dominación se volvieron "de pronto visibles al estudiar los ámbitos de la domesticidad, el transcurrir cotidiano y aparentemente inocuo del día a día".

El discurso cinematográfico desplazó su atención hacia un cine intimista que ha buscado reflejar a través de la "pequeña" historia de unos personajes no-históricos, los grandes dramas de la vida social.

Para muchos artistas la vida cotidiana es el mejor lugar desde el que puede mirarse y hacerse la crítica de lo real.

La vida cotidiana, para decirlo con Giddens (1984), es al mismo tiempo "habilitante y constrictiva". Escenario de la producción y reproducción social. Una vida cotidiana que tiene sus espacios, sus tiempos, sus rituales, sus procedimientos y

que se caracteriza por ser aporoblemática por la certeza de su repetición.

La mirada sobre la vida cotidiana desde la comunicación, ha estado centrada en sus relaciones con los medios de comunicación.

En el caso de México y de acuerdo con los datos aportados por Raúl Fuentes (1996), a partir de un análisis bibliométrico de los 1 019 documentos revisados por él, que abarcan un periodo de 8 años (1986-1994), sólo 228 explicitan los métodos de investigación empírica empleados. De estos últimos, y en función de lo que aquí interesa, es importante señalar que sólo 16.2% reportan como métodos utilizados la etnografía y la observación participante, frente a 27.2 % que utilizan el análisis de contenido.

Aunque no existe una relación a priorística entre objeto de estudio y método de investigación, las estrategias de indagación sí se corresponden al tipo de construcciones y configuraciones de los objetos. En tal sentido, los datos aportados por Fuentes nos llevan a pensar que la constitución del mundo social a través de la acción comunicativa de sujetos históricamente situados, no constituye aún un "tema" con suficiente peso específico, por lo menos en lo que toca a la producción bibliográfica, lo que no deja de constituir una paradoja, ya que buena parte de los temas centrales en los encuentros y congresos del campo a nivel latinoamericano han girado en los últimos años alrededor de este problema.

En qué medida, a través de qué preguntas y de qué estrategias, desde el campo, se está aportando conocimiento a los modos desiguales de usar y organizar la comunicación por parte de interlocutores situados diferencialmente en la estructura social.

El énfasis puesto aquí en la vida cotidiana como lugar estratégico para la comunicación, obedece al convencimiento de que la vida asociativa constituye el tejido primario de la comunicación, y que en tal sentido su estudio es el umbral para la comprensión de los intercambios sociales y el reconocimien-

to de “la pluralidad social en el funcionamiento de los signos” (de Certeau 1995: 140).

Así, la propuesta aquí es la de ir al encuentro de la “vida cotidiana” como lugar de los entrelazamientos sociales y tecnológicos y hacer la “descripción densa” (Geertz 1991), es decir, la etnografía de sus modos de operación.

Para Michel de Certeau, la primera condición de la comunicación es la de las “redes sociales que aseguran su dinámica y gestión” (1995: 142). El indudable peso de los medios de comunicación ha eclipsado la atención sobre los múltiples espacios y proteicas formas de la comunicación y el papel desempeñado por diferentes agentes e instituciones en la configuración y circulación de visiones del mundo.

No deja de resultar paradójico que quizá una de las preguntas más incómodas para las investigaciones situadas “más allá de los medios”, es la que indaga sobre su pertinencia comunicativa, cuando el argumento central estaría dado por la necesidad de “sacar” a la comunicación de sus dimensiones-determinaciones tecnológicas y pensarla en tanto proceso-práctica social vehiculizada por distintos elementos. No se trata de negar el papel fundante y productivo de los medios de comunicación para la constitución de la vida social, sino de mirarlos en una perspectiva de conjunto, de entramado social, lo que contribuiría tanto a relativizar miradas apocalípticas como a matizar los pesimismoes posmodernos.

La etnografía entendida como un tipo de mirada densa sobre la vida social, revela los lugares diseminados de la comunicación, los interfases entre las fuentes de donde se nutren los imaginarios colectivos y las prácticas situadas de los agentes sociales en una dinámica de producción-reproducción de significados.

Los discursos de la televisión, por ejemplo, no son monolíticos, ni los de la Iglesia; los poderes no son bloques homogéneos, como tampoco son unívocos los “usos” que la gente hace de estos discursos; aunado a esto hay que considerar el peso localmente diferencial de los distintos dispositivos comunicacionales y organizativos de los grupos sociales: el

cura, el vendedor de fruta en el mercado, el boticario, en síntesis los líderes-lugares por donde transita y adquiere sentido la comunicación.

Una mirada dirigida a los medios en tanto instituciones-mensajes, neutraliza la capacidad de comprender los complejos y densos procesos de negociación, resistencia, complicidad que constituyen la trama de la vida cotidiana donde evidentemente “no todo es político, pero es politizable” (Mires 1996).

Una de las dificultades para acercarse a estos procesos proviene de que los instrumentos que se utilizan para modelizar, formalizar y analizar están hechos para otros objetos³ y aunque la intención declarada sea la de producir conocimiento sobre la subjetividad, si los instrumentos no son los adecuados, existe el riesgo de imputar desde la propia pauta cultural del(a) investigador(a), un sentido a las prácticas de los actores sociales.

Siempre habrá una franja de indeterminación o, si se prefiere, de incomunicabilidad, entre el orden de la realidad subjetiva y el orden de su comprensión-explicación. Sin embargo, penetrar hermenéuticamente los mundos de la vida de los actores de la comunicación, es una tarea no sólo posible sino necesaria, ya que en estos saberes de fondo radican muchas claves de comprensión acerca del funcionamiento sociocultural de la comunicación.

La etnografía como vía para develar estos saberes no es sólo el registro exhaustivo (y muchas veces impertinente) de un conjunto de detalles y aun microdetalles de la acción comunicativa, ni tampoco el “mapeo” general de situaciones de interacción; se trata de una práctica cuyos procedimientos son objetivables, es decir, explicitables, decibles, cuyo fin es el de comprender-interpretar desde “dentro” las acciones, sus marcos de operación y la estructura que las hace posibles.

En tal sentido, la etnografía es la práctica de hacer hablar a los constitutivos de la vida social, invisibles por evidentes.

3. Por ejemplo, análisis de instituciones y de mensajes que comportan su propia lógica de investigación. Para una discusión en torno a la construcción de un objeto de estudio, véase a Pierre Bourdieu (1995) *Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

La invisibilización de espacios, prácticas y actores ha sido históricamente el proceso de dominación por excelencia. Es tiempo de restituir a la comunicación el componente agencial humano que la seductora tecnología invisibiliza.

La velocidad con la que hoy circula la información, la ubicuidad de los discursos mediados y la inmediatez de las múltiples imágenes del mundo, no implican la desaparición de las fronteras, por el contrario impactan en su reconfiguración. El discurso de la intolerancia, de la exclusión, del autoritarismo, del miedo, reorganizan la geografía política y simbólica de las sociedades. Las huellas de estos procesos van quedando en las prácticas de los actores sociales y en sus múltiples estrategias cotidianas.

¿No son acaso las crecientes y populares ofertas de sanación y salvación instantánea, síntomas de la necesidad de restituir la creencia?, ¿no son las prácticas asociativas juveniles intentos de reterritorializar la identidad, y sus bailes rituales intentos de ir a la comunicación cara a cara, cuerpo a cuerpo?, ¿no podría pensarse el éxito de los *talking shows* vinculado a la necesidad de la copresencia, no hay en la práctica de escuchar-mirar en las vidas ajenas más de soledad que de “voyeurismo”?

Hay más preguntas que respuestas. Es urgente hacer avanzar la comprensión “fina” de una comunicación que va más allá de los medios.

Comentarios finales

A lo largo de estos diez años se han producido en comunicación excelentes investigaciones, se han aportado datos importantísimos, cifras y porcentajes apabullantes, también aforismos tajantes y anécdotas más o menos iluminadoras.

Existe un “nosotros” en tanto comunidad académica que tiene verdaderamente un correlato empírico, gracias en mucho al esfuerzo y excelente trabajo de enlace que han realizado los organismos asociativos (FELAFACS, ALAIC y los nacionales, de

cada país); en la actualidad, muchos de los-las académicos-académicas del campo tienen un lugar sólido y prestigiado en el ámbito de las ciencias sociales.

Sin embargo, los logros hasta hoy alcanzados más que conducir a una práctica autocomplaciente, tendrían que llevar a replantear el proyecto y la agenda de los próximos años, no como un mal entendido programa de tareas colectivas, sino como espacio de debate en el que pueda hacerse la crítica al estatuto científico de la comunicación en sus relaciones post-disciplinarias con otros campos y saberes de las ciencias sociales y las humanidades.

De ahí que aquí se planteen como tareas urgentes, dos operaciones convergentes: la reflexividad y la investigación empírica. El carácter siempre inacabado del conocimiento y la dinámica cambiante de la sociedad son constitutivos del trabajo de investigación.

En el caso particular del campo académico de la comunicación existen además algunas tensiones que caracterizan y complejizan los espacios de producción y desarrollo del conocimiento:

- La consolidación del campo académico de la comunicación ha estado vinculada a los procesos de formación profesional de comunicadores (Fuentes 1995b; Luna 1995), lo que no de manera ineludible ha derivado en una estéril batalla entre “rudos y técnicos”, entre “teóricos y prácticos”, entre “docentes típicos” e “investigadores privilegiados”, lo que sin duda mina las posibilidades de vinculación orgánica entre investigación y currículum. Los programas curriculares se convierten en territorio en disputa y sólo muy lentamente se ven aparecer los saberes producidos por la investigación, en la forma de cursos regulares en el mejor de los casos.
- Aunada a esta problemática está la de un mercado que ejerce “delicada” presión sobre las habilidades y saberes que deben poseer los comunicadores, y que

pueden resumirse en una extrema habilidad operacional y tecnológica, así como en una docilidad ante el mundo como dato dado.

No puede olvidarse tampoco el problema de los recursos y financiamiento a la investigación.

Este escenario no puede obviarse. O se acepta como una tensión constitutiva del campo académico de la comunicación, lo que puede acrecentar la tendencia a pensar la investigación como una tarea accesorio y "a ratitos"; o se discuten los problemas y desafíos que estas tensiones implican y se buscan alternativas.

Lo que no es posible pensar es que los retos de los años venideros podrán enfrentarse con declaraciones, con intenciones, con recursos escasos.

Diez años después, es mucho pero insuficiente lo que sabemos. Aquí, de manera muy sintética y con el fin de invitar a una discusión colectiva, se han tratado de esbozar pistas, tendencias, problemas y desafíos para continuar en este andar andando.

BIBLIOGRAFÍA

BOURDIEU, Pierre (1995) *Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.

CERTEAU, Michel de (1995) *La toma de la palabra y otros escritos políticos*. México: Universidad Iberoamericana/ITESO.

FUENTES NAVARRO, Raúl (1996) "Un acercamiento bibliométrico a la configuración cognoscitiva del campo académico de la comunicación en México", en *Comunicación y Sociedad*, núm. 27, mayo-agosto. Guadalajara: DECS/Universidad de Guadalajara.

— (1995a) *La emergencia de un campo académico: continuidad utópica y estructuración científica de la investigación de la comunicación en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, tesis de Doctorado en Ciencias Sociales.

- (1995b) “La institucionalización académica de las ciencias de la comunicación: campos, disciplinas, profesiones” en Jesús Galindo y Carlos Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. Guadalajara: CNCA/ITESO.
- (1994) “La investigación de la comunicación: ¿hacia la post-disciplinariedad en ciencias sociales?” en José Lameiras y Jesús Galindo (eds.) *Medios y mediaciones*. Guadalajara: El Colegio de Michoacán/ITESO.
- (1993) *Condiciones para el establecimiento de una maestría en Telecomunicaciones/Para comunicadores sociales latinoamericanos*. San José, Costa Rica: Documento de Trabajo FELAFACS/UNESCO.
- FOUCAULT, Michel (1978) *La arqueología del saber*. México: Siglo XXI.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (1995) *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. México: Grijalbo.
- HEERTZ, Clifford (1991) *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.
- HIDDENS, Anthony (1984) *The Constitution of Society*. Berkley y Los Angeles: University of California Press.
- HIMÉNEZ, Gilberto (1986) “Foucault: Poder y discurso” en Lucila Ocaña (et al.) *La herencia de Foucault. Pensar la diferencia*. México: Ediciones el Caballito.
- IONZÁLEZ, Jorge y Guadalupe CHÁVEZ (1996) *La cultura en México I. Cifras Clave*. Colima: CNCA/Programa Cultura/Universidad de Colima.
- LABERMAS, Jürgen (1989) *Teoría de la acción comunicativa*, vol. 1 y 2. Buenos Aires: Taurus.
- BAÑEZ, Jesús (1994) *El regreso del sujeto. La investigación social de segundo orden*. Madrid: Siglo XXI.
- UHMANN, Niklas (1993) *Teoría de la sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/ITESO/Universidad Iberoamericana.

- LUNA, Carlos (1995) "Enseñanza de la comunicación: tensiones y desencuentros" en Jesús Galindo y Carlos Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. Guadalajara: CNCA/ITESO.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1994) *Mediaciones urbanas y nuevos escenarios de comunicación*. Caracas: Fundarte/Ateneo de Caracas.
- (1987) *De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía*. México: Gustavo Gili.
- MARTÍN-SERRANO, Manuel (1986) *La producción social de comunicación*. Madrid: Alianza Universidad.
- MATTELART, Armand (1995) *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.
- MIRE, Fernando (1996) *La revolución que nadie soñó*. Caracas: Nueva Sociedad.
- OROZCO, Guillermo (coord.) (1996a) *Miradas latinoamericanas a la televisión*. México: Universidad Iberoamericana.
- (1996b) "Los caminos de la recepción. Conversación con Guillermo Orozco". Realizada por los profesores del Departamento de Comunicación de la Universidad Javeriana, en *Signo y Pensamiento*, núm. 29. Santa Fe de Bogotá: Universidad Javeriana.
- PISCITELLI, Alejandro (1995) *Ciberculturas en la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires: Paidós, Contextos.
- REGUILLO, Rossana (1996) *La construcción simbólica de la ciudad. Ciudad, desastre y comunicación*. Guadalajara: ITESO/Universidad Iberoamericana.
- (1995) "Pensar la ciudad desde la comunicación. Un ejercicio necesario" en Jesús Galindo y Carlos Luna (coords.) *Campo académico de la comunicación: hacia una reconstrucción reflexiva*. Guadalajara: CNCA/ITESO.
- SÁNCHEZ RUIZ, Enrique E. (1996) "Flujos globales, nacionales y regionales de programación televisiva", *Comunicación y Sociedad*, núm. 27, mayo-agosto. Guadalajara: DECS/Universidad de Guadalajara.

TOURAINÉ, Alain (1994) *Crítica a la modernidad*. México: FCE.

WALLERSTEIN, Immanuel (1996) *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

WOLF, Mauro (1979) *Sociologías de la vida cotidiana*. Madrid: Cátedra, Colección Teorema.